



Edward Bunker

LA EDUCACIÓN DE UN LADRÓN

Prólogo de Kiko Amat

Traducción de Montserrat Gurgu y Hernán Sabaté



CALIFORNIA PRISON..
E BUNKER

Edward Bunker
La educación de un ladrón
Autobiografía

Prólogo de Kiko Amat
Traducción de Montserrat Gurguú y Hernán Sabaté



sajalín editores

Prólogo
de Kiko Amat

EDWARD BUNKER: LA MUECA FEROS
VERDAD, ALIENACIÓN Y VIOLENCIA EN *LA EDUCACIÓN DE UN LADRÓN*

1. Estoy en cama una noche de marzo del 2015, en pleno Alt Camp. Bastante mamado de cava, si tengo que serles del todo honesto. Noto un pedrusco de pesadumbre atascado en mitad del gaznate (indeciso entre subir o bajar), y acabo de preguntarle a mi mujer, Naranja, qué leches me pasa (ella suele acertar el diagnóstico, si entienden por dónde voy). La cosa es que he pasado la última hora de una cena con amigos en completo y agravado silencio, cabizbajo, ocupado en domar una imparable ola de malhumor que crecía dentro de mí con la determinación orgánica de un feto. Ofendido por algo (en mi familia somos muy de ofendernos; la susceptibilidad corre por nuestras venas turbia y sulfúrica como un vertido químico del río Llobregat) y deseando partirle la cabeza con un taburete* a uno de mis interlocutores. Amigo mío, para más señas.

—Anímate, Kiko —me suelta ella—. Míralo de otro modo: tu mayor problema es también tu mayor ventaja. Esa negrura que llevas dentro. La carga de resentimiento que arrastras. Sin eso no se puede escribir.

* Esto no es una metáfora. (*Todas las notas del prólogo son de Kiko Amat.*)

—¿Tú crees? —contesto, volviendo la cabeza, en busca de consuelo. De *cualquier* tipo de consuelo.

—Pues claro. Te lo digo yo, que conozco a un montón de escritores equilibrados que escriben pésimo. Por supuesto, eso también es lo que te hace un hijo de puta, a veces. Y un amargado de mierda. Y un cabrón malhumorado que acaba de arruinarnos a todos la cena sin razón aparente. Y un paranoico loco e impredecible, hurraño y antipático. Es lo que hay. No se puede tener todo. Búscale el lado bueno, va.

—¿Sabes qué? —le contesto, aún tragando con cierta dificultad y luego subiéndome el edredón hasta las rodillas—. Que creo que tienes razón. Aunque tu respuesta me haya deprimido tanto, joder.

Esto es algo desazonador pero es así y no de otro modo, y cuanto antes lo admitamos, mejor iremos (y yo estoy aquí para expiar sus pecados, como JC): la escritura va con la violencia. No me refiero meramente a la violencia física, tangible, de pulverizarle la sien a otro fulano (no todos los escritores tenemos que ser matones de cuarta, quebrantahuesos a sueldo; no se trata de eso, aunque ayudaría de cara a nuestras demandas contractuales con la editorial). Quería decir una cierta violencia de espíritu. Nelson Algren afirmaba en *Nonconformity*: «No escribes una novela por pura lástima, del mismo modo que no revientas una caja fuerte por un vago anhelo de ser rico. La compasión está muy bien, pero la venganza es la verdad que Faulkner olvidó (...) Una cierta crueldad y un sentido de alienación respecto a la sociedad es tan esencial para la escritura creativa como lo es para el robo a mano armada».

Muchos escritores imaginativos y de pluma hábil son también asaz blandengues. Buenazos. Cursilones, incluso. No me cabe la menor duda de que son buenas personas y mejores vecinos, pero en su prosa no se distingue conflicto ni lucha; uno intuye allí falta de

marejada, de alboroto y confusión y puta-mala-baba. ¿Dónde fueron a parar la rabia, el rencor, el sentimiento de venganza, el anhelo de desquite, eh? Encantados de conocerse, felices con ellos mismos, la psique en estado de plácido reposo (¡y cómo les envidio!), la obra de esos novelistas adolece de los mismos males (o atributos, si hablamos de vida civil) que su personalidad: carece de rincones oscuros. Es mullida y amable. Es benigna y tragable; simpática. Pero la literatura no debería ser así; simpática. Un autor —o, cuanto menos, un *determinado* tipo de autor— debería estar siempre boxeando consigo mismo, siendo su peor enemigo, ahuyentando sus demonios, quemándolo todo: puentes, flota de barcos y malas hierbas. Un autor debería estar en perpetua guerra civil interna, en modo autocrucifixión, y no digo esto en el sentido maldito ni víctima del asunto. Su contienda podría transformarse perfectamente en literatura humorística, pero de la piel *pá'dentro* debería escucharse el fragor de la contienda fratricida (egocida, más bien), la chifladura y el remordimiento y el autorrepelús. Edward Bunker mismo: he ahí un tipo que no se antoja simpático, y cuya obra es un *gran* desquite. Un «vais a ver» en la cara del mundo, un desplante a las cartas que le sirvieron, un rechazo al destino marcado y el «camino de la podredumbre» (que se decía en *Papillon*). Una mueca feroz.

2. No hace falta decir que no trataba de compararme biográficamente con Edward Bunker. Eddie B. pasó la mayor parte de su infancia en hogares de acogida e instituciones penitenciarias, y dieciocho años de su vida los anduvo entre San Quintín, Folsom y muchas otras jaulas americanas. Cuando terminó su última condena, en 1975, tenía 42 años, mi edad actual. Mi experiencia delictiva, por otro lado, se resume en: una noche en comisaría en 1993

(por decirle a un policía municipal de Sant Boi que le apestaba «el alientazo a carajillo», justo antes de que me sacudiese un cómico sopapo que me mandó a las gomas de una obra y de rebote a él, estilo Wrestling); múltiples falsificaciones de recetas para conseguir anfetamina en farmacias del Baix Llobregat (nunca nos pillaron); y varios hurtos menores en supermercados, disquerías y quioscos (también nos fuimos de rositas de esto). Oh: olvidaba el botellazo de champán que le sacudí en la cocorota, algo fallidamente,* a aquel yonqui que quería atracarnos. Lucky Luciano o Mickey Cohen no fui, en cualquier caso; eso ha quedado claro. Mi único arresto largo fue de 20 días, y tuvo lugar durante el servicio militar, en 1990. Habíamos (unos cuantos barandas y yo) robado la hoja de permisos, y nos pillaron alterando con títex los fines de semana libres para poder regresar mamados al cuartel a la hora que nos placiese. Menudo genio del mal, ¿eh? De acuerdo, algunos amigos míos terminaron en el hospital por peleas entre skinheads (yo mismo me cagué —literalmente— en los pantalones en una de ellas; otro día se lo cuento)** pero, aunque la sangre sí llegó al río, no se trataba de un río proceloso teñido de hemoglobina propia o enemiga, como el Tíber romano. Fue más bien un charco de sangre, bien lavable con mopa. Un suspiro de violencia callejera juvenil que luego pasó, dejándome con ambas nalgas firmemente aposentadas en mi *chaise longue* para vivir una existencia más plácida que tormentosa en el lado oeste de esta Barcelona domesticada (si no contamos la patibularia omnipresencia de los viles Mossos d'Esquadra).

Asimismo, algunos de nosotros todavía nos reconocemos en Edward Bunker. Por mucho que no hayamos alcanzado a sufrir

* La botella no se rompió, y eso que le aticé duro dos veces.

** No, creo que no se lo voy a contar, después de todo.

jamás su tremebunda mala suerte (más sobre la mala y buena suerte de Bunker algo más adelante) ni ominosa experiencia vital. Cuando el autor afirma que «no creo que muchos lectores sepan lo que es pasar la noche pensando que, cuando salga el sol, quizás tengas que matar a alguien a cuchilladas... o morir de igual manera», el lector solo puede mascullar un aliviado «no, en efecto; no tengo la menor idea de qué demonios es eso (por suerte, mecagüenla)». Y sin embargo muchos lectores (y autores) sí compartimos con Eddie B. la alienación, el resquemor, el no-encajar-ni-de-culo y el cabreo semi-permanente. El ansia de venganza de la que hablaba Nelson Algren. El puteo. El sobrio puteo de Bunker.

3. *La educación de un ladrón** es la autobiografía de Edward Bunker. Abarca desde su nacimiento en 1933 hasta 1975, cuando terminó su última condena y se le otorgó la condicional (la primera que no violaría en toda su vida; todas las anteriores habían terminado con huidas o nuevos delitos, dentro o fuera de los muros de la cárcel). La mayoría de sus vivencias habían sido plasmadas en novelas previas (la experiencia carcelaria en *La fábrica de animales*; su temprano paso por la red de reformatorios en *Little Boy Blue*; sus múltiples delitos en todas las demás, empezando por *Perro come perro* y *No hay bestia tan feroz*) pero aquí es donde reside la verdad de la buena. La confesión laica exhaustiva, que diría el bueno de Juan Jacobo.**

A través de sus páginas, Bunker nos habla de cómo, al principio, fue el clásico niño de Hollywood («la primera palabra que supe

* *Education of a Felon* en el original. Retitulada en su edición inglesa como *Mr. Blue; Memoirs of a Renegade*, por el personaje que interpretaba Bunker en *Reservoir Dogs* de Quentin Tarantino.

** Rousseau, por supuesto.

leer fue Hollywood»): su madre era corista de vodevil y actuaba en los musicales de Busby Berkeley. Su padre era tramoyista y a veces echaba una mano en otros «quehaceres teatrales».* A los cinco años, Bunker se escapó por primera vez. *Cinco*. A esto llamo yo precozidad, caramba. Está claro que Bunker fue un niño poco querido por sus padres, un cachocarne que estorbaba allí en medio, y aquel desamor debió marcar la primera y más profunda laceración en su alma. Desde allí, el arco es claramente reconocible: primeros hurtos, reformatorios, fugas, nuevas detenciones, primeros encuentros con la común brutalidad policial, primeros flirteos con las drogas (marihuana, benzedrina y heroína, la última ya intravenosa), amistad con chulos y putas, *pachuco life*, trajes *zoot* bolsudos, primeros timos, detención por posesión de marihuana, y primer ingreso en el célebre penal de San Quintín... Irredimible e irreformable, Bunker pasaría tercio y medio de su vida embarullado en una proverbial espiral de violencia, carcelaria y callejera, y existiendo solo para delinquir y luego «pagarlo» entre rejas.** Una y otra vez. Y luego otra más, *for good measure*.

En los escasos momentos en que Bunker topa con una obvia oportunidad de redención (como es su duradera amistad con la mecenas y filántropa Louise Wallis,*** a quien todos llaman «el ángel de Hollywood»), algo torcido en su espíritu lo fuerza a retomar

* Su bagaje recuerda cosa mala al de Kim Fowley, otro notorio y también malogrado «niño de Hollywood».

** Es un decir. Todas las novelas carcelarias coinciden en considerar la posibilidad de redención legal como un camelo. La cárcel no forja mejores personas, no redime sus delitos y no aporta ningún valor fundamental en cuanto a ejecutar un cambio de perspectiva o un inventario moral de los propios actos. Como resume Edward Bunker en aquel otro título, la prisión no es más que una «fábrica de animales».

*** Esposa del nabob cinematográfico Hal Wallis, productor de *Casablanca*.

el camino de la perdición. Ello puede y debe explicarse por bagaje y daños estructurales de infancia, cómo no, pero también (no evadamos el tema ahora) por naturaleza personal, por un cierto talante flamígero, anti-todo y nihilista: «si hay algo cierto sobre la mentalidad de un joven delincuente es su necesidad de satisfacción inmediata. El sitio es aquí y el momento es ahora. Retrasar la gratificación va en contra de su naturaleza». Bunker topa con oportunidades meridianas de enmendarse y corregir sus pasos, pero ya es tarde: la única forma de vivir que concibe Eddie es deprisa, deprisa; su única meta, el hedonismo y la supervivencia al margen de la legalidad. A muerte.

¿No afirma Bunker al poco de ingresar en San Quintín que «no elegimos lo que somos, salvo en cierto grado»? Digámoslo alto y fuerte: en algún punto de tu existencia se te marca a fuego lo que ERES, y nada podrá ya alterar ese curso. Dicho de otro modo: nadie cambia jamás, y lo que eras entonces es lo que siempre serás.* En efecto, llega un punto en que te conviertes en *eso*, y ese *eso* es tan difícil de modificar como las huellas dactilares o la talla de zapato. Un buen ejemplo de ello: cuando la susodicha señora Wallis le regala a su protegido una máquina de escribir para que empiece a narrar y cambie el curso de su vida, nuestro hombre responde que lo hará, «con toda sinceridad, aunque los meses siguientes pondrían de manifiesto que tal sinceridad era hueca. Lo dije en serio, pero pudo conmigo el atractivo de las luces brillantes, de los coches rápidos y de las chicas de largas piernas y perfume embriagador». Bunker procede, así, a irse de (morrocotuda) farra. La tragedia se

* *“It’s like you can change up, right, you can say you’re somebody new, you can give yourself a whole new story. But, what came first is who you really are and what happened before is what really happened”*, suelta el gángster D’Angelo Barksdale en *The Wire*.

masca, premonitoria e invariable, una vez más. El iceberg está plantado allí a la vista de toda la tripulación, pero nadie acierta a mover el timón ni a sacar los botes hinchables. Es la pura fascinación del camino predeterminado, directos de napias al morrón.

Esto último, la trágica inevitabilidad del destino, y también la «maldad» innata, son reflexiones que brincan del libro en más de un pasaje. En la trena, Bunker empieza a leer psicología (más sobre sus lecturas intramuros en párrafos posteriores) para entender su propia predisposición a la violencia y el crimen. Era aquella una época en la que aún no estaba establecido que «la pobreza era el caldo de cultivo de la delincuencia»,* nos recuerda el autor, quien empieza a barruntar que algo en él «andaba mal. Cumplí veinte años de condena en una prisión de roca gris después de pasar la infancia en escuelas de delincuentes: solo un cretino dejaría de preguntarse por qué. Yo, ¿era malo y punto? Había hecho cosas malas, cierto, y unas cuantas que, cuando las recordaba, me dolían terriblemente. Dios sabe que a mí me habían hecho cosas terribles en nombre de la sociedad o quien fuese (...) ¿Era yo quien había declarado la guerra a la sociedad, o la sociedad me la había declarado a mí?». Ser malo «y punto» o la víctima de un mundo desigual que castiga al pobre y deja que el rico quede impune es uno de los dilemas iniciales del pensamiento de Bunker, que inevitablemente se decanta por la (lógica) lectura marxista del mogollón: solo pringan los pringaos. Los que están forrados, tienen influencias o mueven hilos socioeconómicos siempre resultan indemnes del tizne. Esto era y es tan común

* Las explicaciones que se daban del comportamiento criminal hasta bien entrados los años sesenta tenían más que ver con la pseudociencia medieval o la frenología victoriana que con cualquier tipo de estudio médico o sociológico serio contemporáneo. Y cuando todo fallaba: ¡electroshocks!

como para resultar axiomático.* Y si suena a «tranqui colega, la sociedad es la culpable» (como cantaban Siniestro Total), qué le vamos a hacer. Si es la puta verdad. La puta verdad.

4. Hemos hablado de maldad, y —como se apuntaba al principio de este prólogo— debemos también hablar de violencia. Hallarán mucha violencia en *La educación de un ladrón*: palizas de carceleros, zapatiestas multitudinarias entre reos, contiendas que se dirimen a navajazos,** tiroteos nocturnos y ataques con picahielos de fabricación rupestre... Dos factores salvan a Bunker de acabar fiambre en la mayoría de estas recurrentes escenas de ultraviolencia: a) un determinado código moral (lealtad, amigos...) y b) una chiripa verdaderamente *alucinante*.

Al contrario de lo que uno podría imaginar, la cárcel es un entorno altamente moral, donde todo está prescrito en sólidos códigos de conducta honorable. Se trata de otra moralidad, sin duda, creada expreso para una vida de aislamiento y ausencia de libertad, pero es moral, al fin y al cabo. Esta ética-de-reo no siempre coincide con la idea del honor que impera en la calle, y solo puede entenderse entre rejas. Por supuesto, lo colorido y estructurado de esa moralidad interior se intuye como uno de los grandes hándicaps a la hora de

* O casi. Hay que aventurar la reflexión de que probablemente exista el hijo puta nato. Y que alguna gente que también ha recibido malas cartas ha logrado redimirse (Bunker, sin ir más lejos), mientras que otra ha sido incapaz. La injusticia y la desigualdad social lo explican casi todo; pero no todo.

** Aunque Bunker, tras presenciar una pelea mortal con arma blanca en el patio de San Quintín, aprende bien rapidito lo siguiente: «Aunque mi conducta siguió siendo siempre turbulenta y errática, a partir de aquel instante siempre hubo algo que me detuvo al llegar al borde del precipicio. Nunca, nunca me enzarzaría en una pelea con navajas, mano a mano. Quería una victoria auténtica, no pírrica».

reincorporarse a la sociedad. Después de tantos años sujeto a una ley, ¿cómo la canjeas por otra? Especialmente si muchos mandamientos de talego son el perfecto opuesto de su encarnación libre (como, por ejemplo, el énfasis en la preservación de la vida, inexistente en la cárcel). Del mismo modo, lealtad y honor, que en libertad son poco más que conceptos poéticos, se tornan entre rejas absolutos que marcan la distinción entre estar vivo o muerto. Nada intramuros es más importante que la lealtad, y no hay peor insulto que el de chivato.

Esa lealtad y moralidad están apuntaladas sólidamente con el arbotante de la amistad masculina. Las mejores obras carcelarias suelen incidir en los mismos temas, y uno de sus argumentos recurrentes es la amistad entre hombres. Las novelas carcelarias (y *La educación de un ladrón* no es más que una novela carcelaria; si bien de carácter eminentemente autobiográfico) quizás sean —junto a *The Dictators*, *Aterriza como puedas* y el fútbol australiano— el artefacto más masculino de la creación: las propias constricciones del medio (imperativa segregación por sexos) provocan que todos sus protagonistas sean hombres. Esos hombres zafios y peludos se hacen amigos y se enemistan, y también —más a menudo de lo que ustedes creen— se enamoran. Si el experimento de la «prisión» de Stanford* demostró que cualquier biólogo gafitas podía convertirse en un carcelero inhumano, *En el patio* de Malcolm Braly, *Dura*

* No sé si recuerdan aquel experimento que la Universidad de Stanford realizó en 1971, donde se colocó a veinticuatro estudiantes de clase media en un entorno carcelario fabricado *ad hoc*, distribuidos aleatoriamente en reos y guardias. Y cómo a las pocas horas de iniciar el experimento, todos aquellos voluntarios —conscientes de lo ilusorio del escenario— se habían deslizado cómodamente en roles de víctimas y verdugos. Incluso los psicólogos al cargo de la investigación terminaron comportándose como brutales alcaides de San Quintín. Stanford puso de relieve lo que sucede «cuando colocas a buena gente en un sitio malo»: cómo un entorno proclive al abuso y la degradación puede sacar lo peor de cada uno.

la lluvia que cae de Don Carpenter o *La fábrica de animales* de Edward Bunker (y todos los clásicos de la literatura carcelaria, *La educación...* incluido) exponen lo frágil que es el concepto «heterosexual» entre rejas. Bunker, por su parte, nunca cae en esa particular tendencia carcelaria, pero más de una vez manifiesta su estupor y fascinación por las «reinonas» que pueblan las prisiones que visita, y las relaciones afectivas que nacen entre hirsutos mozállones tatuados y matoniles. Lo que sí cultiva nuestro preso A20284,* en cambio, es un buen puñado de amigos para siempre: «A lo largo de mi vida he tenido una cantidad extraordinaria de amigos íntimos. Los hombres norteamericanos rara vez tienen auténticos amigos varones, de esos que uno podría llamar hermanos. Yo he tenido una decena al menos, o el doble, y muchos socios».

Dichos socios son los responsables de salvar una y otra vez el pellejo del reo E.H. Bunker, pero también lo es la chocante potra de la que el protagonista hace gala en repetidas ocasiones. Como aquel fragmento en que, por pura impulsividad y bravuconería, acaba enfrascado en una venganza que implica acuchillar a otro reo para salvar la propia reputación;** un acto que implicará inevitablemente perder la opción a la libertad condicional y pasar un par de años en celda de aislamiento (la «soledad sin paz», como la llamó Brendan Behan en *Borstal Boy*). Y justo cuando está a punto de realizar su acción, todo se arregla mágicamente.*** O aquella otra, ya en libertad, cuando dos chulos a quien Bunker se la tenía jurada se matan ellos solitos en un

* El número de recluso de Edward Bunker, claro.

** «El mío era un mundo de machos, con ciertas reglas que parecían sacadas del código de caballería.»

*** O no tan mágicamente: las cosas se arreglan porque todo Cristo teme a Bunker y nadie quiere morir en sus manos. El andoba acarrea una fama de loco sanguinario que no veas.

accidente de tráfico, eximiéndole de poner en práctica la consiguien- te escabechina («se extendió el rumor de que me los había cargado yo»). Este tipo de situaciones suceden una y otra vez. Bunker en la pi- cota, salvando el pellejo por arte de birlibirloque, una proverbial flor firmemente afianzada entre sus nalgas. Por supuesto, hay un reverso tenebroso de esta fuerza, que es la ya mencionada tendencia bunke- riana a meterse en aprietos cuando todo empezaba a lucir óptimo. Es una tómbola, realmente. Un demente ciclo de suertez y *fuck-ups*, el suyo. Y termina con perdices, aunque no puedan creerlo.

5. ¿Cómo se redime Bunker de este berenjenal pringoso? ¿Cómo se lava de forma fundamental nuestro preso? Pues ya sa- ben ustedes que «no se rehace una vida como se cose un botón» (*Papillon*). La diferencia estriba, claro está, en el «ansia de trascen- dencia» de nuestro antihéroe. El deseo de mejora («Creía que el pa- sado no podía mejorarse, pero sí cabía aprender de él»). Cada uno tiene sus propios métodos de salvación, y para Bunker la redención está en los libros. Casi al final de *La educación de un ladrón*, Bunker nos repite lo que ha ido descubriendo a lo largo de su azaroso pe- riplo: «Escribir se había convertido en la única posibilidad de esca- par del cenagal de mi existencia y había perseverado en ello incluso en los momentos en que la llama de la esperanza se acababa». El primer paso que toma Bunker es leerse un millón de libros (tiem- po era lo que le sobraba): Jack London, el *Llamad a cualquier puer- ta* de Willard Motley,* Thomas Wolfe, Dreiser, Fitzgerald, John

* Una novela que emocionaba de forma particular a Bunker: «me hacía llo- rar, de noche, en la cárcel del condado». Yo la leí no hace mucho (los autodidac- tas no tenemos otro modo de aprender que copiándonos los modelos y héroes los unos a los otros) y de poco la palmo. 504 páginas de dramonazo *tearjerker* con un *court drama* de guinda letal. ¡Gracias, Bunk!

Dos Passos, Ayn Rand* (ugh), Nelson Algren (¡viva!) y muchos otros. O sea: *muchos*. Y un montón de ponzoña también. Bunker se lo leyó todo y, cuando ya lo tenía bien leído, solo se necesitaba aquel último empujón de autoconocimiento, el que te susurra «¿por qué no *yo*?». Eso fue literalmente lo que pensó Bunker al terminar el primer capítulo de *Celda 2455, corredor de la muerte*, de Caryl Chessman,** cuando el primero estaba en el agujero de aislamiento de San Quintín y el segundo se hallaba ya en el corredor de la muerte, esperando su ejecución. «Tengo muchos defectos, pero entre ellos no está la envidia. Sin embargo, esta me corroía aquel atardecer, en el agujero de San Quintín», afirma Bunker. La semilla estaba plantada. Nuestro hombre comprendió, como si de un fogonazo en mitad del cerebro se tratara,*** que solo escribir iba a salvarle. De ahí a comprender que solo escribir sobre la propia experiencia era el único camino posible, iba nada; un chasquido de dedos.**** No fue fácil, pero por fortuna a Bunker lo azuzaba la más testaruda perseverancia, que a su vez venía azuzada por el desespero: durante diecisiete años escribió seis novelas y un montón de relatos cortos «sin ver publicada una sola frase». La séptima novela, como tal vez quizás sepan, sería el debut de Edward Bunker: *No hay bestia tan feroz*. A ella le seguirían cinco novelas más, una colección de relatos, incontables apariciones en filmes (Bunker, como

* Uno de los personajes más ODIOSOS y NOCIVOS del siglo XX.

** El tristemente célebre «asesino de la luz roja», quien tras once años en el corredor de la muerte fue gaseado en San Quintín en 1960 (por un crimen del que siempre se declaró inocente).

*** «La idea llegó tan de repente y con tal intensidad que salté del colchón y sentí de inmediato un vahído y tuve que agarrarme a los barrotes para sostenerme.»

**** Muchos autores, sin embargo, jamás realizan este proceso de deducción. Por eso el mundo editorial está tan lleno de sandeces abazofiadadas.

es bien sabido, también hizo pinitos como actor secundario), un longevo matrimonio y una vida plena; todo lo que, precisamente, siempre se le había antojado una quimera del todo inalcanzable. «Decididamente, una flor ha crecido en el fango», como él mismo afirma en la última frase de su autobiografía.

6. Empezamos hablando de alienación y violencia, y quisiera despedirme hablando de cómo transforma Edward Bunker toda esa rabia en prosa. Es, después de todo, uno de sus rasgos distintivos, y para mí representa casi el mayor atractivo del autor (junto a su visión y experiencia, no hace falta decirlo). Harry Crews dijo que la prosa de Graham Greene era «hermosa, dura y limpia». Lo mismo puede afirmarse de Bunker. Es el suyo un lenguaje forense, engañosamente simple, podado a ras de hueso, completamente «falto de histeria».* Es un idioma concreto, acerado y brutal, carente de aspavientos, melindres, *boutades* o macarradas. Bunker escribe sobrio y comedido, incluso cuando describe las mayores atrocidades. Uno aprecia la fortaleza y dignidad que ostenta su prosa, y a la vez se maravilla con la capacidad que tiene el autor para sacar a la luz la belleza y la emoción, cuando estas se dejan ver. Bunker utiliza una cierta emoción erguida y erecta. La emoción de un hombre que las ha pasado canutas, y que se resiste a hacer de todo ello un melodrama. Y que, si bien no mira su periplo con humor (hay muy poco humor en Bunker),** sí lo hace con entereza, con nobleza, con... Virilidad, sí. Una virilidad cabal, instintiva, nunca machotesca o abusiva. Una masculinidad recta y recia, nada quejica ni cursi ni histriónica ni tampoco llena de pequeñez. Una voz furiosa que sabe contener el

* Lo dijo Jonathan Lethem en su prólogo a *En el patio* de Malcolm Braly.

** Menos aún que en Harry Crews, otro autor notoriamente no-tío-díver.

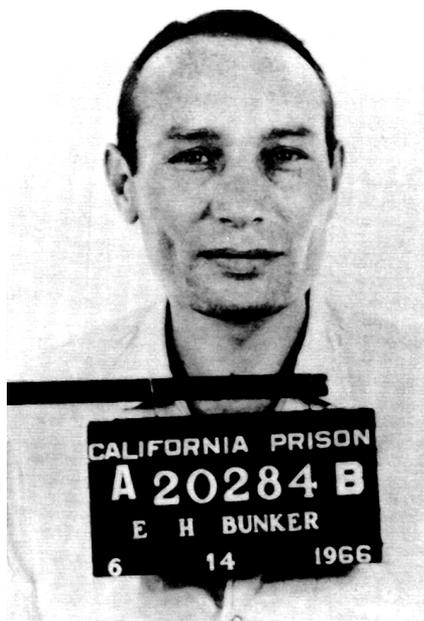
estallido de su furia; el puteo calmado de un hombre con coraje. De un tío, un *stand-up guy*, que se conservó digno y limpio bajo circunstancias difíciles. Y que, al final, a base de tozudez y esfuerzo supremo, logró salirse con la suya y renacer en algo mejor.

Con violencia. Violencia del alma, si quieren.

Pero no se engañen: se trata de violencia, al fin y al cabo.

Kiko Amat, marzo del 2015, Barcelona.

La educación de un ladrón



Dedico este libro a mi hijo. He esperado muchos años a tenerlo para poder ofrecerle una mano mejor que la que me repartieron a mí. Estoy seguro de que jugará sus cartas mejor de lo que yo jugué las mías.

E. B.

Capítulo 1

NI INFIERNO NI PARAÍSO

En marzo de 1933, el sur de California se estremeció de repente por un ruido que surgía de lo más profundo de la tierra. Los adornos de las repisas de las chimeneas saltaron y se desplomaron al suelo, hechos añicos. Las ventanas se resquebrajaron y los cristales cayeron a la calle en cascada. Las casas de madera y yeso chirriaron y se doblaron a un lado y a otro como si fueran cajas de cerillas. Los edificios de ladrillos se tuvieron en pie hasta que fueron abatidos por las vibraciones, y luego se desmoronaron entre una nube de polvo hasta convertirse en un montón de cascotes. El Civic Auditorium de Long Beach se derrumbó y hubo muchos muertos. Más adelante, supe que yo había sido concebido en el preciso momento del terremoto y que había nacido durante la Nochevieja de 1933, en el hospital Cedros del Líbano de Hollywood. En Los Ángeles caía una lluvia torrencial y el agua arrastraba por los cañones hojas de palmeras y casas.

Cuando tenía quince años, oí a mi madre decir que el terremoto y la tormenta habían sido un presagio, porque fui un niño problemático desde el principio, empezando por los cólicos. A los dos años, desaparecí de un picnic familiar en el parque Griffith.

Doscientos hombres peinaron la zona hasta pasada la medianoche. A los tres, logré demoler el incinerador de basuras del patio del vecino con un martillo. A los cuatro, saqué el camión de helados de otro vecino e invité a sorbetes a varios perros de la zona. Una semana después, quise ayudar a limpiar el jardín y quemé un montón de hojas de eucalipto que estaban apiladas junto al garaje del vecino. La noche no tardó en verse iluminada por las llamas y se oyó el ulular de las sirenas de los bomberos. Solo se chamuscó una de las paredes del garaje.

Recuerdo la juerga de los helados y el incendio, pero las otras cosas me las contaron. Mi primer recuerdo claro es una pelea a gritos de mis padres, hasta que llegó la policía a «poner paz». Cuando mi padre se marchó de casa, lo seguí hasta la calle. Yo lloraba y quería irme con él, pero me apartó de un empujón, se subió al coche y se largó con un chirrido de neumáticos.

Vivíamos en Lexington Avenue, justo al este de los estudios Paramount. La primera palabra que supe leer fue Hollywood. Mi madre era corista de vodevil y actuaba en los musicales de Busby Berkeley. Mi padre era tramoyista y a veces echaba una mano en otros quehaceres teatrales.

No recuerdo los trámites del divorcio, pero una de sus consecuencias fue que mis padres me llevaran a una casa de acogida. De la noche a la mañana, dejé de ser un hijo único mimado para convertirme en el más pequeño de un grupo de doce o más. En esta casa de acogida aprendí lo que era robar. Alguien me birló unas golosinas que me había traído mi padre. En esa época, me resultaba difícil concebir lo que era robar.

Con cinco años, me escapé por primera vez. Una mañana lluviosa de domingo, mientras todo el mundo dormía, me puse el chubasquero y las botas de agua y salí por la puerta trasera. A dos

manzanas de distancia, descubrí una vieja casa de madera, rodeada de árboles, que se alzaba sobre unos pilares. Me escondí entre estos. Desde allí, a resguardo de la lluvia, podía observar el mundo. El perro de la familia me descubrió enseguida pero, en vez dar la alarma, prefirió que lo abrazase y le hiciera mimos. Me quedé allí hasta que se puso el sol, cesó la lluvia y se levantó un viento frío. Para un crío de cinco años, una noche de diciembre es fría en todas partes, incluso en Los Ángeles. Salí, caminé media manzana y uno de los que había salido en mi busca me encontró. Mis padres estaban preocupados, claro, pero no aterrorizados. Ya conocían mi propensión a crear problemas.

La pareja que dirigía la casa de acogida le pidió a mi padre que fuera a buscarme y me sacase de allí. Intentó meterme en otra y, cuando esa también falló, probó una escuela militar en Mount Lowe, Altadena. Duré dos meses. Luego estuve en otra casa de acogida de quinientos metros cuadrados y media hectárea de terreno. Aquí conocí a la señora Bosco, a quien recuerdo con cariño. Parecía adaptarme bien, aunque me escondía debajo de una cama para poder leer. Mi padre me construyó una estantería para los libros y un día apareció con los Clásicos Juveniles en diez volúmenes, versiones para niños de cuentos famosos como «El hombre sin país», «La caja de Pandora» y «Damón y Pitias». Aprendí a leer con esos libros.

Cuando ya llevaba unos meses, la señora Bosco cerró la casa de acogida. La siguiente etapa fue la Escuela Militar Page, en Cochran con San Vicente, en Los Ángeles Oeste. A los padres de los candidatos les enseñaban unos dormitorios luminosos y elegantes con cubículos individuales, pero la mayoría de los cadetes dormía en habitaciones menos suntuosas. En Page tuve el sarampión y las paperas y me ganó mi primer reconocimiento oficial como individuo

problemático que acabaría mal. Me hice ladrón. Un chico cuyo rostro y nombre olvidé hace tiempo me llevaba a patrullar los demás dormitorios de madrugada, aún a oscuras, y allí registraba los bolsillos de los pantalones colgados de los ganchos o que se habían dejado sobre los respaldos de las sillas. Cuando alguien se movía, nos quedábamos inmóviles y el corazón nos latía desenfrenadamente. El techo de los cubículos nos tocaba el hombro, así que bajábamos la cabeza y nadie nos veía. Una vez tuvimos que echar a correr porque un chico se despertó y nos plantó cara: «Eh, ¿qué estáis haciendo?». Mientras nos escabullíamos, el chico gritó: «¡Ladrones, ladrones!»; fue una gran descarga de adrenalina.

Una noche, unos cuantos nos escapamos del dormitorio y fuimos a la enorme cocina. Allí, con un cuchillo de carnicero, forzamos el cierre de la cámara frigorífica. Birlamos todas las galletas y los helados. Poco después del toque de diana, nos apresaron. Injustamente, fui declarado cabecilla del grupo y castigado en consecuencia. A partir de entonces, también fui elegido para recibir tratamiento especial por parte de los oficiales de los cadetes. Mis contados amigos eran otros inútiles y alborotadores. En Page, el único talento positivo que descubrí en mí fue que deletreaba mejor que nadie. Incluso en el caos de los primeros años de mi vida, había aprendido a conciencia las sílabas y la fonética y recordaba muchas de las excepciones a las reglas. Y, aunque esto parezca una trivialidad, el hecho de saber cómo se pronunciaba cada palabra me permitió leer con precocidad y, muy pronto, con voracidad.

Los viernes por la tarde, la mayoría de los cadetes se iban a casa a pasar el fin de semana. Yo iba a ver a mi padre un fin de semana y a mi madre el siguiente. En esa época, ella trabajaba de camarera en una cafetería. Los domingos por la mañana, acostumbraba a hacer lo mismo que la mayor parte de los niños de mi época: iba

a la sesión matinal de un cine del barrio. Pasaban dos películas. Un domingo, en el descanso, salí al vestíbulo y me enteré de que los japoneses habían bombardeado Pearl Harbor. Poco antes, mi padre había comentado: «Si esos hijos de puta de los ojos rasgados empiezan el lío, tendremos que mandar a los marines y hundirles esa mierda de islas». Papá estaba a tono con la época, cuando en la prosa de Ernest Hemingway, Thomas Wolfe y otros aún se denominaba a los negros con términos despectivos. Papá detestaba a los negros de mierda, a los hispanos, a los italianos y a los británicos con «su maldito rey». Le gustaban Francia y los nativos americanos y afirmaba que nosotros, los Bunker, teníamos sangre india. Nunca me convenció. Hoy día, decir que eres de sangre india es casi una moda. Nuestra familia lleva en la zona de los Grandes Lagos desde mediados del siglo XVII y, cuando mi padre cumplió los sesenta, su arrugada tez curtida, unida a sus pómulos salientes, le daban un aspecto indio. Y, con el paso del tiempo, cada vez son más los que me preguntan si tengo sangre india. No lo sé ni me importa.

En la Escuela Militar Page, las cosas empeoraron. Los oficiales cadetes me hacían la vida imposible, pero una luminosa mañana californiana otro cadete y yo saltamos la verja trasera y nos encaminamos a las colinas de Hollywood, que estaban a unos cinco kilómetros de distancia. Eran verdes, moteadas de unas pocas casas de tejas rojas. Las recorrimos a dedo y pasamos la noche en un coche desguazado junto a una carretera, contemplando los camiones que rugían al pasar. Desde entonces, esa carretera ha crecido y se ha convertido en una autopista interestatal de diez carriles.

Después de una noche muertos de frío y de pasar hambre al amanecer, mi compañero dijo que iba a regresar a Page. Le dije adiós y eché a andar junto a la vía del ferrocarril que discurría entre la carretera y unos interminables naranjales. Vi un tren de carga

con camiones del ejército de color verde oliva, esperando en una vía lateral. Mientras caminaba, oí que el tren se ponía en marcha, me agarré de una barra y monté. Los camiones no estaban cerrados y subí a uno de ellos; desde allí contemplé el paisaje, que pasaba a toda velocidad mientras el tren se dirigía hacia el norte.

Por la tarde, me apeé en las afueras de Sacramento, a unos seiscientos kilómetros de donde había subido. Tenía hambre y las sombras cada vez eran más largas. Eché a andar. Pensé en llegar a la ciudad e ir al cine. Cuando saliera, buscaría algo para comer y un sitio donde dormir. En los arrabales de Sacramento, en la orilla del río American, lleno de exuberante vegetación, empecé a oler comida caliente. Era un campamento de indigentes llamado Hooverville, de chozas de cartón y latón acanalado.

Los indigentes me acogieron, pero uno de ellos se asustó y detuvo un coche patrulla de la oficina del sheriff. Los agentes irrumpieron en el campamento y se me llevaron.

Me expulsaron de la Escuela Militar Page. Mi padre no sabía qué hacer conmigo y casi se le saltaban las lágrimas. Entonces supimos que la señora Bosco había abierto una nueva casa de acogida para chicos, desde los cinco años hasta la edad del instituto. Había alquilado una mansión de dos mil quinientos metros cuadrados en dos hectáreas y media de terreno en Orange Grove Avenue, en Pasadena. Se llamaba Mayfair. La casa todavía existe y forma parte del Ambassador College. En esa época, las mansiones tan grandes eran armatostes inútiles imposibles de vender.

En la puerta de entrada había una placa de latón en la que se leía Mayfair. Era una casa propia de un archiduque, pero a un niño de nueve años esas cosas no le impresionan. Los chicos estaban relegados a cuatro habitaciones del ala norte del segundo piso, justo encima de la cocina. El aula, que en otro tiempo había sido la sala

de música, se encontraba junto al gran vestíbulo de la entrada, de donde partía una elegante escalera. Íbamos a clase cinco días a la semana y las vacaciones de verano no existían. La profesora, una mujer estricta que gustaba de llevar vestidos con encajes en el cuello y camafeos, era aficionada a los castigos. Nos agarraba de la oreja y nos la retorció, o nos pegaba con la regla en los nudillos. En esa época, yo ya tenía problemas con la autoridad. Una vez me agarró de la oreja y yo le di un manotazo en la mano y me puse en pie. Sobresaltada, dio un salto hacia atrás, tropezó con una silla y cayó de culo, con las piernas en alto. Gritó como si la estuvieran asesinando. Apareció el criado negro, que se llamaba Hawkins, me agarró del cogote y me llevó a rastras al despacho de la señora Bosco. Esta mandó llamar a mi padre. Cuando llegó y vi el fuego de sus ojos, me entraron ganas de echar a correr. La señora Bosco despachó el incidente con unas pocas palabras. Lo que le interesaba de verdad era que mi padre leyera el test del cociente de inteligencia que me habían hecho una semana antes. Mi padre titubeó. ¿Quería saber si su hijo estaba loco? Lo observé mientras examinaba el informe. Después de leerlo despacio, su ira dio paso a una ceñuda expresión de desconcierto. Alzó la vista y sacudió la cabeza.

—Precisamente por eso es un niño problemático.

—¿Está segura de que no es un error?

—Por supuesto.

—Quién lo habría pensado... —gruñó mi padre, casi riendo.

¿Pensado? ¿El qué? Más tarde me contó que, según ese informe, tenía una edad mental de dieciocho años y mi cociente de inteligencia era de 152. Hasta entonces, yo siempre había pensado que era del montón, o que tal vez estaba un poco por debajo de la media en esos talentos que nos da Dios. Nunca he sido el más brillante en ninguna clase, a excepción de ortografía, y mi conocimiento

de esta parecía más un truco que un indicador de inteligencia. Sin embargo, desde entonces, por más caótica o nihilista que haya sido mi experiencia, siempre he intentado cultivar las facultades naturales que me dijeron que tenía. El resultado tal vez sea una de esas profecías que se hacen realidad gracias al propio esfuerzo.

Seguí yendo a casa los fines de semana, aunque por aquel entonces mi madre vivía en San Pedro con un marido nuevo, por lo que en vez de ir un fin de semana a casa de cada uno, pasaba tres o cuatro seguidos con mi padre. Pero, estuviera en casa de uno o del otro, el domingo por la tarde me despedía como si fuera a regresar directamente a Mayfair. Nunca lo hacía. Me dedicaba a vagar por la ciudad. Alquilaba un barquito de pilas en Echo Park o iba al centro y me metía en un cine. Si estaba en casa de mi madre, me acercaba hasta Long Beach, donde el muelle de las atracciones estaba de lo más animado.

Por la noche, tomaba el tranvía rojo de Pacific Electric para volver a Pasadena, desde donde tenía que andar un par de kilómetros hasta llegar a Orange Grove Avenue y a Mayfair. Entraba por la calzada trasera. En un extremo del edificio había una terraza a la que podía acceder si me encaramaba a un esbelto árbol. La habitación que compartía con otros dos chicos quedaba justo enfrente de la puerta de la terraza. Nadie me había echado nunca en falta y nunca me habían descubierto a la llegada. No tenía de qué preocuparme siempre y cuando estuviera presente el lunes por la mañana.

Un domingo por la noche, crucé la terraza, hice girar el pica-
porte, abrí la puerta medio palmo y no pude seguir. Algo la frenaba desde el otro lado. Me apoyé en ella con fuerza y conseguí abrir lo suficiente la parte de arriba para poder colarme. Al entrar, pisé algo que parecía un cuerpo. Me agaché, palpé a tientas y toqué un

rostro. El miedo me atenazó. El rostro estaba frío. Era el rostro de la muerte. Creo que solté un grito pero nadie me oyó.

Como no quería que se descubriese que había llegado después de medianoche, me desnudé y me metí en la cama. Enseguida advertí que no podía quedarme allí tumbado como si no hubiese ocurrido nada. Para no tropezar con el cadáver en la oscuridad, pasé por el cuarto de baño a la habitación de al lado, donde dormían cuatro chicos, y de allí al pasillo. Desperté a la señora Bosco y le conté lo que había encontrado.

Se puso la bata, agarró una linterna, me llevó a mi habitación y cerró la puerta con llave. Me acosté y conseguí conciliar el sueño superficialmente, aunque desperté cuando oí voces apagadas y vi luz bajo la puerta.

Unos minutos después, oí que abrían el cerrojo del dormitorio. Por la mañana, el cadáver había desaparecido. Era el de Frankie Dell, un chico pálido y débil que sufría hemofilia grave y tenía reuma en el corazón. Se había desplomado y había muerto en el pasillo. Probablemente iba en busca de ayuda.

La casa de la señora Bosco fue el único hogar que me gustó en mi infancia. Me trataban como si fuera un adolescente, más que un niño de nueve años. Entre semana, me permitían ir por la noche al centro de Pasadena, por mi cuenta. Yo siempre me metía en el cine, claro. Aprendía geografía con los dos grandes mapas que tenía colgados en la pared de mi habitación: en un mapa estaba Europa, el Mediterráneo y el norte de África y en el otro, el Pacífico y Asia. Tenía alfileres de varios colores para señalar batallas, tropas y las líneas de vanguardia de la guerra en curso. Cuando descubrí las islas Salomón para marcar Guadalcanal, me fijé en Australia y Nueva Zelanda. La estrella del mapa me indicó que la capital australiana era Canberra.

El señor Hawkins, el criado negro que tenía un apartamento sobre el inmenso garaje, había sido boxeador profesional y me enseñó a lanzar el jab de izquierda. El golpe que aprendí hizo estragos en las narices de Buckley, el chico más pendenciero de la casa. Empezamos a pelear en el vestíbulo del piso de arriba. Yo retrocedía, un paso cada vez, por el largo corredor, y le pegaba cada vez que parecía dispuesto a cargar. Una de las bonitas hijas de la señora Bosco, alumna de la Universidad del Sur de California, salió de su habitación y nos interrumpió. A Buckley se le habían hinchado los ojos rápidamente y le sangraba la nariz. Yo acabé sin una sola marca. En la misma época, descubrí el valor del «golpe de gracia», que consistía simplemente en pegar primero. En el reformatorio estudiaría a los expertos en golpes de gracia y cultivaría mis recursos. En reuniones de negocios y consejos de administración, saber pelear con los puños no sirve de nada. No es con ellos como consigues a la chica. La mayor parte de blancos de clase media y alta se van de esta vida sin haberse pegado nunca, pero donde yo crecí y me hice hombre, este golpe de gracia fue un recurso muy provechoso, sobre todo porque no nací con fuerza, velocidad o resistencia. Mis reflejos eran mediocres, aunque encajo, sin caerme, buenos golpes. He tumbado a tipos más grandes, más fuertes, más rápidos y que estaban en mejor forma, entre ellos un instructor de kárate de los marines, solo por haber sido el primero en pegar y haber seguido golpeando a mi adversario con las dos manos sin darle tiempo a reaccionar. A veces, algunos superaban aquel primer asalto y me ponían a caldo, aunque no era lo habitual. Con el paso de los años aprendí a medir mi ataque hasta conseguir con unos pocos golpes lo que antes me costaba muchos e imprecisos. Si pegas bien en la barbilla, casi todo el mundo cae y, una vez en el suelo, nunca hay que permitir que el contrincante se levante de nuevo. Pero me he

ido del tema. Volvamos a mi infancia en Mayfair, en Orange Grove Avenue, apodada King's Row, la calle de los reyes, por su gran cantidad de mansiones, entre ellas la famosa casa Wrigley.

Un domingo de diciembre, pasada la medianoche, me apeé del tranvía en Fair Oaks con Colorado, en el centro de Pasadena, y empecé mi paseo. La última calle era un pasaje estrecho con diminutas casas de madera para sirvientes que discurría paralelo a Orange Grove, a una manzana de distancia. El pasaje y las casas diminutas han desaparecido hace mucho, pero en aquella época, enfrente de ellas, unos árboles enormes pendían sobre la calle. En la ventana de una casa brillaba un abeto de Navidad y en otra ardía una vela. Ambas cosas aliviaban mi miedo a caminar en una oscuridad en la que el viento y la luna formaban extrañas figuras fugitivas. Todo ello bastaba para que un niño imaginativo de nueve años se pusiera a silbar.

Me dirigí a la puerta trasera de Mayfair. En lo alto de la cuesta se vislumbraba la silueta oscura de la inmensa casa, entre altos pinos muy a tono con su arquitectura de palacete de caza bávaro. Había pertenecido a un general estadounidense que al parecer había hecho considerables inversiones en Alemania tras la Primera Guerra Mundial. Encontré los títulos de propiedad entre las paredes. Mientras me encaramaba al esbelto árbol próximo a la terraza, advertí lo familiarizado que estaba ya con aquella casa.

El árbol quedaba a apenas un metro de la terraza pero, cuando ya estaba casi arriba, se doblaba bajo mi peso y yo aterrizaba agarrándome con las dos manos a la barandilla y soltando los pies. Al instante, el árbol volvía a erguirse.

En la terraza, siempre sentía una punzada de ansiedad: ¿habría cerrado alguien la puerta por dentro? Hasta entonces, no había

sucedido nunca, aunque estaba dispuesto a romper el cristal y meter la mano hasta el pasador si era necesario. Nadie sabría por qué ni quién lo habría hecho. Esa noche no tuve que hacer nada de eso. La puerta se abrió como siempre.

El pasillo estaba por completo a oscuras, también como siempre. Enseguida capté un olor que no conocía. Era un olor definido pero no opresivo. Llegué a la puerta del dormitorio. Se abrió. Entré.

La habitación estaba como la boca del lobo. Crucé de memoria la oscuridad hasta mi cama, situada en una esquina. Había desaparecido. ¿Dónde estaba?

Alargué la mano para tocar la cama contigua. Nada.

El corazón me dio un vuelco. Estaba asustado. Volví a la puerta y pulsé al interruptor.

Nada. Seguía a oscuras.

Palpé la pared. Vacía. Allí ocurría algo raro. Quise gritar pero, si lo hacía, sabrían que había llegado después de medianoche. Toqué la pared con los dedos. Avancé hacia la puerta y pisé cristales rotos.

Se me aceleró el corazón. ¿Qué estaba ocurriendo? Casi me quedé sin aliento porque mi cabeza no daba con ninguna explicación racional. Yo sabía perfectamente que no se trataba de magia ni de fenómenos sobrenaturales pero, en aquellos momentos, era inevitable pensar en ello. En aquel preciso instante, en la oscuridad, algo me rozó una pantorrilla y fui presa de un ataque de pánico. Di un respingo y abrí la puerta de un golpe. No recuerdo cómo crucé el pasillo hasta la puerta de la terraza. Me encaramé a la barandilla y, a oscuras, me incliné los cuatro palmos que me separaban del árbol. Tiré del tronco, me agarré a él con las dos manos y entonces el árbol volvió a erguirse, alejándose de la barandilla donde yo todavía tenía los pies. Durante unos instantes, fui un puente humano; luego, solté los pies.

La rama a la que me agarraba se quebró con un fuerte chasquido. Caí, rompiendo ramas que me engancharon y me llenaron de rasguños, y aterricé de espaldas. Con el golpe, salió de mis pulmones hasta la última brizna de aire y supe que iba a morir. No podía respirar. Pero, aunque me moría, encogí las piernas y rodé por el suelo para ponerme en pie. Quería alejarme de la gran mansión. No pensé; corría automáticamente de puro miedo.

Estaba ya en la zona del aparcamiento, cerca del jardín, cuando recobré el aliento. Había allí media hectárea de vegetación, en gran parte silvestre, que yo conocía palmo a palmo. Con las manos tapándome la cara, me adentré en la muralla de matorrales. Me abrí paso entre las ramas que rasgaban mi ropa y mi rostro.

Doblé a la derecha, por detrás del garaje, y me tumbé en un espacio bajo un olmo gigante cuyas ramas cubrían el suelo. En una de ellas habíamos colocado una caja de cartón aplanada, como los chicos suelen hacer.

La fatiga modificó mi miedo. Estaba loco: ¡ya sabía que los fantasmas no existían! Años más tarde, cuando conté esta historia, un oyente me dijo: «Apuesto a que lo que te rozó la pierna fue un gato». Creo que estaba en lo cierto. La señora Bosco tenía un gran gato negro que deambulaba por la casa y se restregaba contra las piernas. ¿Qué otra cosa pudo haber sido? Pasé la noche allí, bajo el árbol, a veces tiritando de frío, a veces dormitando unos minutos.

Al amanecer, tenía todo el cuerpo entumecido. La espalda me dolía un horror e iba camino de convertirse en el cardenal más grande que había visto en mi vida.

Dormí un poco más y me despertó el sonido metálico de unos cubos de la basura. El señor Hawkins los cargaba en la parte trasera de un camión de recogida. Estaba junto al garaje, que era donde guardaba los cubos.

—¡Señor Hawkins! —lo llamé.

—¿Eres tú? —preguntó, mirando con un ojo cerrado para enfocarme con el otro. Me conocía mejor que a los demás chicos. Además del jab, me había enseñado a hacerme el nudo de la corbata. Era pobre, desde luego, pero en sus días libres vestía con mucho estilo.

Salí de entre la maleza pero no pasé de la esquina del garaje. No quería ver la casa.

—¿Qué ocurre, señor Hawkins?

—¿Todavía no has visto a la señora Bosco?

—No.

—Llamó a tu padre el domingo por la tarde. Él le dijo que llegarías ayer, sobre las seis. Está muy preocupada.

—¿Qué ha sucedido? ¿Dónde está todo el mundo?

—El sábado, de madrugada, hubo un incendio en la buhardilla que duró hasta primera hora del domingo. Mira —dijo, señalando el tejado. Había un agujero de algo más de un metro de diámetro, con el borde negro, chamuscado por el fuego—. Fueron los cables. Han trasladado las camas al auditorio de la escuela, allí —lo indicó con el dedo—, hasta que la señora Bosco haya reunido a todos los chicos.

Un Lincoln Continental marrón de 1940 destelló al pasar junto a nosotros. Enfiló la calzada circular y se detuvo ante la puerta principal de la mansión. La señora Bosco salió a recibir a la pareja que se apeó del vehículo.

—Deben de ser los padres de Billy Palmer —dijo el señor Hawkins—. Voy a llevarles las bolsas.

Dejó los cubos de basura, se quitó los guantes y se dirigió a la casa. Yo me oculté de nuevo entre la maleza.

Al cabo de unos minutos, aparecieron la señora Bosco y el señor Hawkins. Venían directos hacia mi escondite. Me adentré más

en los matorrales pero resbalé y caí de culo. Fue para mí como un impulso eléctrico. Me puse en pie y corrí. El señor Hawkins me llamaba. Creía que aún seguía donde me había dejado. Yo ponía cada vez más distancia entre uno y otro.

Salté la verja delantera de hierro forjado y corrí por el amplio paseo; luego, crucé un césped y seguí una calzada que llevaba hasta el patio trasero de una casa del tamaño de un campo de béisbol. Varias personas vestidas de blanco —años más tarde, leyendo a F. Scott Fitzgerald recordaría la escena— jugaban a cróquet. Pasé corriendo delante de ellas como alma que lleva el diablo. Una o dos alzaron la vista, las otras no vieron nada.

Era mediodía cuando me apeé de un tranvía rojo en la terminal de la Pacific Electric en el centro de Los Ángeles, en la Sexta con Main. Las aceras bullían. Abundaban los uniformes de todos los cuerpos del ejército. Ante el teatro Burbank, la sala de variedades de Main Street, aguardaba una larga cola. A dos manzanas estaba Broadway, con varios cines en cada manzana y con sus marquesinas que brillaban en la luz mortecina de aquel día de diciembre. Habría entrado a ver un pase porque las películas siempre me hacen olvidar los problemas durante unas horas, pero sabía que era un día lectivo y que los agentes patrullaban los cines en busca de los chicos que hacían novillos.

En Hill Street, cerca de la Quinta, estaba la estación de metro de Pacific Electric. Los tranvías partían en dirección a las grandes comunidades del lado oeste y del valle de San Fernando, hacia el noroeste, a través de un largo túnel en la colina que daba a Glendale Boulevard. Tomé un tranvía a Hollywood, donde mi padre hacía de tramoyista en la obra *Blackouts* de Ken Murray, un espectáculo con coristas y cómicos en el teatro de una calle que daba a Hollywood Boulevard. Estaba familiarizado con la zona. Me gustaba moverme en lugares que conociera bien.

Hollywood Boulevard era nuevo, luminoso y estaba lleno a rebo-sar. Treinta años antes era un campo de judías. Ahora había soldados por todos lados. Procedían de los campamentos y las bases militares de todo el sur de California. Llegaban atraídos sobre todo por Hollywood y Vine Street y por la Hollywood Canteen, donde podían tener la suerte de bailar con Hedy Lamarr o Joan Leslie, o paseaban por el boulevard hasta el Teatro Chino Grauman's para ver si sus pies cabían en las huellas que habían dejado Douglas Fairbanks o Charlie Chaplin a la puerta del teatro. Sid Grauman había construido tres grandes palacios para venerar al cine. El teatro Million Dollar, en el centro de Los Ángeles, fue el primero; luego advirtió que la riqueza de la ciudad estaba trasladándose al oeste y construyó otros dos en Hollywood Boulevard, el Chino y el Egipcio. Este último tenía un gran pasillo, que iba de la taquilla a la sala, decorado con imágenes del antiguo Egipto y estatuas *kitsch* de Ramsés II, Nefertiti y alguien con cabeza de animal. La primera noche de mi escapada fui al elegante Hawaiano, más al este, en el que exhibían la versión original de *La momia* de Boris Karloff y una nueva entrega, *El regreso de la momia*, que ahuyentaron mis problemas durante unas horas.

Cuando salí, se había levantado un viento frío. No llovía pero las aceras estaban mojadas con la lluvia caída mientras yo estaba dentro. Doblé hacia Gower. Las colinas de Hollywood empezaban a una manzana del cine hacia el norte. Después de Franklin Avenue estaba Whitley Heights. Era el «viejo» Hollywood y parecía Nápoles o Capri. En una época había estado lo bastante de moda como para atraer a Gloria Swanson, Ben Turpin y Ramón Novarro. Durante los años de la guerra seguía siendo bonito, aunque desde entonces se ha devaluado, pues la pobreza invadió las calles adyacentes de Hollywood y, con la pobreza, sus sirvientas: la delincuencia, la droga y la prostitución.

Empezó a llover. Busqué refugio para protegerme de la lluvia y del viento. Rumbo al lugar de trabajo de mi padre, tomé por Franklin y seguí Ivar abajo. La marquesina estaba apagada y la taquilla, cerrada. Yo no iba a entrar por ahí, de todos modos, y recorrí el callejón lateral hasta la entrada de artistas. No conocí al viejo de la puerta pero él conocía a mi padre y me reconoció de una visita anterior.

—Trabajábamos en el Maya, en el centro. No sé si hacíamos *La rosa irlandesa de Abie* o *La canción de Noruega*.

Me acordé de *La rosa irlandesa de Abie* pero no del viejo. No tenía importancia. Con una seña, me indicó que entrara. Dije que no con la cabeza.

—¿A qué hora es el descanso?

—A las once menos siete minutos. Dentro de media hora.

—Volveré entonces.

—¡Eh, Ed, ven! ¡Aquí está tu padre!

Mi padre, con el mono blanco de tramoyista, cruzaba las bambalinas. Volvió la cabeza, me vio y su expresión se endureció. Vino hacia mí con un temblor en las mandíbulas y quise salir corriendo. Estaba seguro de que allí no exhibiría su ira, pero conocía la furia de su exasperación. No me trataba mal pero, a veces, la frustración lo vencía.

—Como la falsa moneda —dijo, mirándome.

¿Qué quería decir? ¿La falsa moneda? Yo no había oído jamás esa expresión y no sabía qué significaba. No obstante, la tensión del momento dejó huella en mis recuerdos, hasta el punto de que, años más tarde, cada vez que oyera la frase, me acordaría de aquella situación.

—Ve y espérame en el coche —dijo mi padre, al tiempo que sacaba las llaves del bolsillo—. Está en la esquina de Franklin.

Tomé las llaves y salí. Su coche, un Plymouth de 1937, el primer modelo con el barco aerodinámico como emblema de la marca en el capó, era fácil de localizar. El blanco destacaba en un barrio en el que todavía dominaban los colores oscuros, sobre todo el negro de Henry Ford. En el parabrisas llevaba una calcomanía con una A, lo cual significaba que al coche se le había concedido la ración básica de gasolina de doce litros por semana. Los cupones para gasolina se expedían en las estaciones de servicio. Robar y vender esos cupones fue mi primer delito monetario.

Abrí la puerta y me senté a esperar, escuchando la lluvia que golpeaba el techo. Era un sonido hipnótico, tranquilizante, y debí de quedarme dormido. La noche anterior apenas había dormido. Cerré los ojos entre coches aparcados por todas partes. Cuando los abrí de nuevo, se habían marchado todos y mi padre llamaba al cristal de la ventana.

Abrí la puerta y me desplacé para hacerle sitio. Tenía mis recelos porque, aunque mi padre era una persona cariñosa y desprendida, había perdido los nervios un par de veces y me había pegado bofetadas mientras gritaba de frustración: «¿Qué demonios pasa contigo? No puedes hacer lo que haces. Terminarás en...». La angustia lo dejaba sin palabras. Yo captaba su sufrimiento. Nunca llegó a maltratarme pero a mí me apenaba terriblemente enojarlo y siempre prometía enmendarme.

En esta ocasión, arrancó el coche y se dirigió hacia Cahuenga Pass. La autopista de Hollywood aún tardaría diez años en construirse. No me miró ni una sola vez. Conducía y gruñía y sacudía la cabeza como reacción a su agitación. Pensé que íbamos a la casa de huéspedes en la que vivía, pero dejó atrás el cruce y siguió colina arriba. Las nubes escampaban y permitían el paso de una tenue luz de luna. Enseguida llegamos a la cumbre, dominada por el lago

Hollywood, que en realidad era un embalse. Desde allí se divisaba la mitad occidental de la ciudad de Los Ángeles, una franja de luces brillantes con retazos de oscuridad. En diez años más, las luces llenarían toda la cuenca de L.A. hasta el mar y, por el otro lado, se adentrarían en el desierto.

Mi padre detuvo el motor y soltó un largo y agónico suspiro. Se hundió visiblemente en el asiento.

—¿Y ahora qué hago? La señora Bosco va a cerrar. No tenía permiso para tener ahí a ese par de locos.

La señora Bosco había albergado en la escuela a dos jóvenes realmente dementes. Sin duda alguna, le habían pagado bien para que nadie los viera. Me acuerdo de uno de ellos, que era pecoso y estaba un tanto demacrado. El otro se llamaba Max. Tenía una espesa cabellera negra y mucho vello facial, también negro. Cuando la señora Bosco volvía de comprar provisiones, Max bajaba a descargar la furgoneta. Era fuerte. Estaba obsesionado con rasgarse la ropa. Si le tomabas el pelo, era capaz de romper unos Levi's nuevos. Lo único que había que hacer era decirle: «¡Max, chico malo!», «¡Max, chico malo!» y empezaba a arrancarse la ropa frenéticamente.

La señora Bosco carecía de permisos para acoger a aquellos dos. Y el incendio había descubierto su presencia a las autoridades. Aunque consiguiera pagar la reparación del tejado, tendría que cerrar. Fue el único sitio en el que me adapté, aunque fuera de manera marginal.

Quise pedirle a mi padre que me dejara vivir con él, pero las palabras se me atragantaron. Lo que quería era imposible y cuando lo sacaba a colación solo conseguía agitarlo. Su respuesta era siempre que trabajaba de noche, que no había nadie que pudiera cuidarme y que era demasiado pequeño para cuidar de mí mismo.

Se volvió y me miró de cerca.

—¿Estás loco? —me preguntó.

—No creo.

—Pues a veces actúas como si lo estuvieras. Yo pensaba que con la señora Bosco todo iba bien...

—Va de maravilla, papá.

—No, no es cierto, porque he sabido que te has pasado toda la noche rondando por la ciudad. Tienes nueve años, por el amor de Dios.

—Lo siento, papá. —Era cierto; me dolía mucho verlo sufrir.

—Eso es lo que dices, pero... Las cosas van cada vez peor. A veces..., a veces pienso en poner en marcha el coche dentro del garaje cerrado.

Yo sabía qué significaba aquello y de alguna fuente interior surgió un pensamiento cristiano.

—Si lo haces, irás al infierno, ¿sabes?

Pese a su desesperación, su expresión se llenó de desdén.

—No, no iré. El infierno no existe y el paraíso, tampoco. No hay más vida que esta. Aquí están las recompensas y también los sufrimientos. No sé mucho... pero de eso estoy seguro. —Hizo una pausa. Me agarró por el brazo y me miró fijamente. Luego, añadió—: Lo recordarás, ¿verdad?

—Sí, papá, lo recordaré —asentí.

Lo he recordado y, aunque he buscado en todas partes algo que rebatiera su declaración, los datos de la existencia confirman la triste verdad de sus palabras. La única manera de negarla es saltar a base de fe el abismo de la realidad. Eso no puedo hacerlo. Independientemente de lo que haya hecho, de manera flagrante, repetidamente y sin pedir disculpas, violando todas las reglas que se interpusieran en lo que deseaba, siempre he intentado separar el grano de la verdad de las toneladas de paja de lo falso. La verdad es

el sentido que se destila de los hechos, porque cualquier verdad que los hechos refutan se convierte en una falacia.

Soy apóstol de Francis Bacon, el mesías de la objetividad científica, la cual lleva inexorablemente al humanismo seglar y al relativismo, y está en contradicción con la noción de arrodillarse y rezar ante uno u otro tótem, ya sea una cruz, un becerro de oro, un poste totémico o un dios africano de la fertilidad con un falo gigantesco.